

# LA OBRA INACABADA\*

ENRIQUE SERRANO

Escritor

Prof. Universidad del Rosario-Bogotá

eserrano@clauastro.urosario.edu.co

## L'ŒUVRE INACHEVÉE

*L'écriture est un exercice infini, dont les plis et replis proviennent de ce que l'on n'a pas voulu dire ou n'avons pu dire ou se dire, et donc dérive des nombreux égarements et contradictions que composent la vie. L'écrivain écrit pour soi, mais en pensant aux autres et en prétendant être compris, admiré ou pardonné par le monde. Il veut être le porte-parole d'un temps et d'un espace précis et le miroir où les lecteurs puissent se refléter. Son oeuvre inachevée s'abreuve des influences des autres, tout en réécrivant une partie de ce que les autres ont pensé et dit.*

## THE UNFINISHED WORK

*Writing is an infinite exercise, the convolutions and complications of which derive from what one didn't want to say, or couldn't say, or say to oneself, and therefore stems from the many detours and contradictions of which life is made up. The writer writes for himself, but thinking of others, and with the hope of being understood, admired or forgiven by the world. He wishes to be the spokesman of a definite time and place and the mirror in which his readers may see themselves. His unfinished work absorbs the influences of others, rewriting part of that which others have thought and said.*

\* Texto presentado y comentado en «Lo escrito, escrito está: Jornadas sobre escritura, letra e inconsciente». Universidad Nacional de Colombia, noviembre 5 y 6 de 1999.



un afrodisíaco. Y el producto envicia con apreciable rapidez, y el vicio tarda en morir, si acaso muere.

No hay escritura sin autor, ni sin motivos del autor. El escritor escribe pensando en los otros y con la pretensión de ser comprendido, admirado o perdonado por el mundo. Se imagina, en su inconsciente soberbia, que eso es justamente *lo que el mundo debía leer*. Pero con frecuencia no sabe cómo escribe, ni conoce los alcances de su oficio como ejercicio de desciframiento del mundo.

En muchas ocasiones el autor se aventura, simplemente, a escribir así, en genérico, lo que buenamente aparezca, sin que el contenido sea lo decisivo. Ya decía Oscar Wilde que *la forma lo es todo* y por ello, ciego por la ambición y el placer de dar forma a las cosas, se lanza en ese viaje incierto, e incluso desmesurado. A veces llega a su meta, produciendo efectos en otros. A veces sólo los produce en su propio ser. Pero mucho de su caudal se pierde sin que nadie lo comprenda. Es energía lanzada a la nada.

Quien escribe quiere, por otra parte, ser vocero de un tiempo y de un espacio definidos y espejo en el que los lectores se reflejen. Su obra inacabada bebe de las influencias de otros, reescribiendo parte de lo que otros han pensado y dicho de otras muchas maneras. No obstante, ansía ser original y alcanzar la gloria de lo nuevo, y la pasión por la originalidad sigue siendo un motor y un sagrado acicate de los nuevos autores.

Hoy resulta anacrónica, y cada vez más inútil, esa preocupación por ser el primero o el único que dijo o que pensó algo, porque hay una herencia muy larga y pesada en la escritura que traspasa casi todos los pensamientos, que contamina toda reflexión, que reaparece bajo muchas máscaras en cada intento de decir algo. Siempre habrá que decir: “No se dijo exactamente así, claro, pero se dijo”. “No era precisamente de esta o aquella forma, pero algo similar brilló en alguna mente alguna vez”. “Se escribió con otro estilo, pero descansa en algún texto”.

Nunca se está demasiado lejos de lo que ya se ha pensado, porque nunca se está al margen de lo que ya se ha vivido. La vida es universal en todos los aspectos que importan y así también lo es la escritura.

Escribir ha sido desde siempre una forma de expresión de la vanidad personal, una salida espiritual para lo impronunciable. Un oficio paradójico que consiste en hablar de otros para que me vea yo, para ser *capitán de la lengua*, tomar el timón y conducirme por mares inhóspitos. Una ocasión para mostrarse a través de lo se quiere decir, una suerte de delirio de desvergüenza, para que otros perciban la propia valía y

## ALPHABET GREC.

Figura	Vomen
A α	α ἄλφα Alpha
B β	βῆτα Beta
Γ γ	γάμμα Gamma
Δ δ	δέλτα Delta
E ε	ἐπίδωτον Epilou
Z ζ	ζῆτα Zeta
Η η	ἦτα Eta
Θ θ	θῆτα Theta
I ι	ἰῶτα Iota
K κ	κάππα Kappa
Λ λ	λάμβδα Lambda
M μ	μῦ My
N ν	νῦ Ny
Ξ ξ	ξῖ Xi
O ο	ομικρόν Omicron
Π π	πί Pi
P ρ	ῥῶ Rho
Σ σ	σίγμα Sigma
T τ	ταῦ Tau
Υ υ	υψίλων Upsilon
Φ φ	φῖ Phi
X χ	χῖ Chi
Ψ ψ	ψῖ Psi
Ω ω	ωμέγα Omega

profundidad, el genio del que nos creemos capaces. Todos escriben para los demás y yo también lo hago, con la premisa de ser interesante, perspicaz, cáustico o profético. Pero también para que se ocupen de lo mío, para que me secunden, o me disculpen, si es preciso.

No hay quien no lleve intenciones y recatos, por fugaz que sea su paso por las lides de la escritura.

Por consiguiente, encuentro el oficio de escribir muy similar al del predicador religioso. Conmover, sacar del letargo, producir un remezón. Además, escribo para que se vea bien lo que anhelo ver, como un pintor o un fotógrafo. Mi interés estético es único y simple: embellecer el mundo. Ser autor de esa gloria. Que alguien lo mencione, lo cite o lo critique. Que se mueva el mundo gracias a lo escrito. Que un escritor sea ególatra no es nuevo, se ha visto con exceso. Por eso, escribo también para criticar la egolatría, renegar de la dicha de ser autor y obtener el crédito de haberlo reconocido. Y si la escritura es una obra inacabada, ¿qué más se podría decir? ¿Hasta dónde podría ir nuestra audacia? Nadie lo sabe con auténtica certeza. Sólo podemos intuir que escribiremos un poco más acerca de lo mismo de siempre.

Esta obra perpetua del hombre es expresión de una indomable naturaleza, de algo mucho más firme que sacar a la luz todas las preocupaciones banales o que exhibir todos los egos cómicos y trágicos. Es una manifestación de una energía indómita y oscura que se resiste a la finitud. Como diría Unamuno, es sed de absoluto, anhelo de perdurar, voluntad de no morir. Es algo que arrastra con su contundente fuerza. Dejarse arrastrar en ello no es simplemente una caída en el vacío, sino también el reflejo de un cierto desvarío colectivo, del que hay millones de cómplices. Tal vez se pueda atenuar esa sed, pero el costo será muy alto: perderíamos por completo la ingenuidad que nos hace seguir adelante. Caeríamos en el cinismo que, por definición, no escribe.

